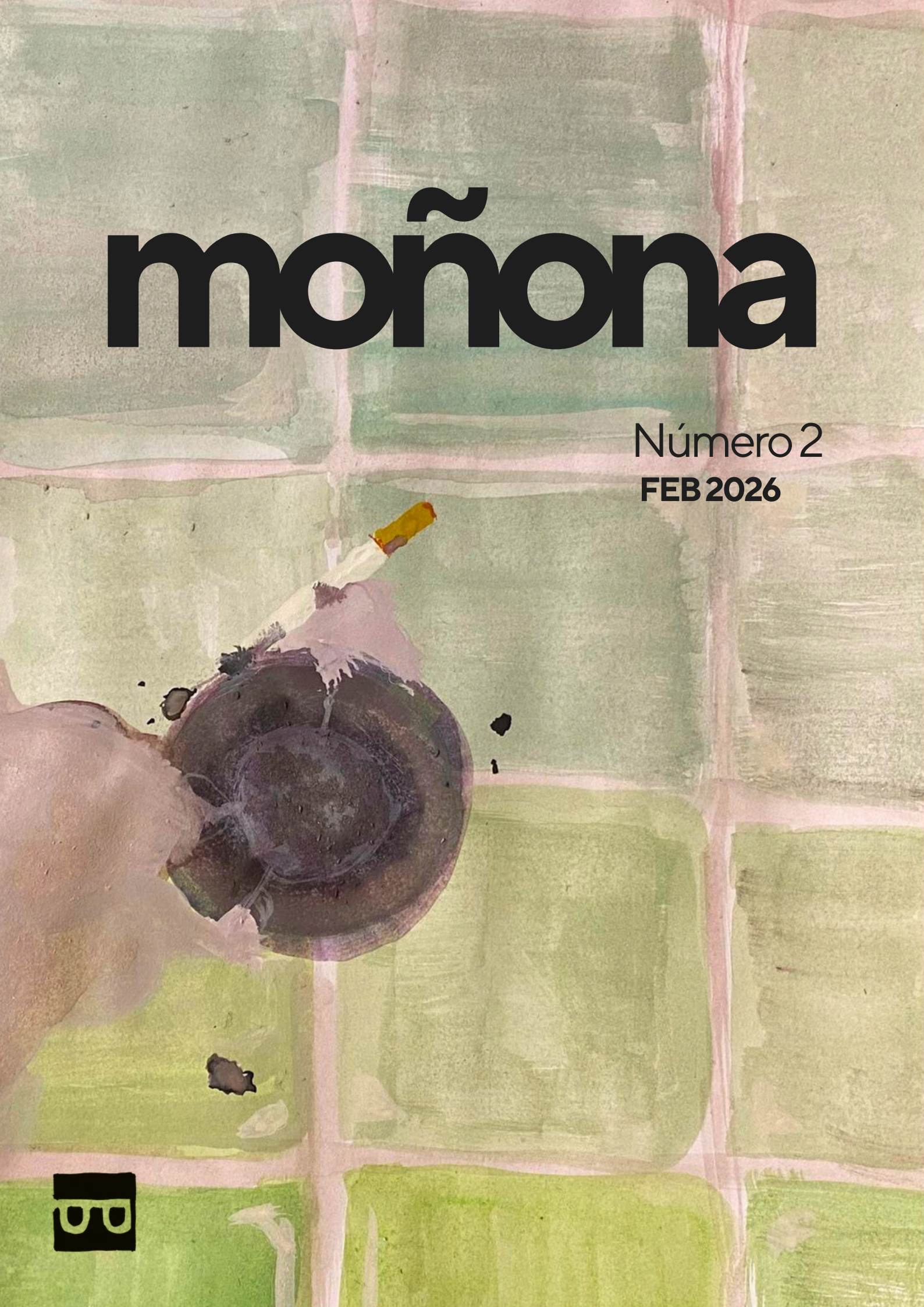
moñona

Número 2

FEB 2026



Palurda
Palestra

Editorial Palurda Palestra
2026, Derechos sin proteger
No hay plata para el ISBN
Editado por Gabriel Borja
Portada por Juan Pablo Vergara-Marín
Publicado Febrero 2026

Nota Editorial

El Oficio y La Técnica

...

Nueva semana, nueva entrega. Los días pasan rápido cuando uno tiene responsabilidades y fechas finales. De nuevo lunes, hay que publicar edición y empezar a editar la siguiente, mientras, uno va pensando en los textos de la semana que viene y así, continúa un ciclo de letras, pendientes y salientes, que sugiere no acabar nunca y que no se detiene mucho a reparar en el oficio de escribir.

Mire Gabo, lea este, lo escribió fulanita ¿si le gustó? Bueno, hágale, ya le mando otro par que falta revisar. Se van acumulando los pedeefes en la carpeta de descargas. Toca revisar que no tenga errores de ortografía, que la puntuación sea decente, toda la burocracia de la letra. Mientras tanto, el oficio de la lectura se va diluyendo, se transforma en un peritaje alfabético sin fin. Así uno se va convirtiendo en un celador, un vigilante desprovisto de cualquier arma más allá de la gramática.

Leer y escribir son vainas de paciencia. La técnica —la del editor al menos— es una suerte de parafernalia industrial, automatizada, con leyes y limitaciones; que si la nota a pie de página, que los anglicismos en itálicas, que no se le olvide la sangría, y una larga lista de requerimientos. A veces incluso,

parece que la forma es superior al contenido. Mientras todos los párrafos cumplan con las normas, bien, todo bien, gracias.

El oficio de editar, mi oficio, es casi criminal. No nos basta con presionar a los escritores; tenemos el descaro de procurar transmitir nuestra *técne,* de enseñarla y reproducirla, siempre al frente de los textos, siempre insistiendo. Creemos saber como se escribe sin preguntarnos demasiado *por qué* escribimos.

Entre tanta mierda junta, podemos rescatar siempre, incluso cuando ya hemos cometido el delito de editar, el asombro. El asombro aparece a pesar del oficio, no gracias a él. Hay textos que logran colarse, que se filtran y se riegan por las páginas y los archivos. Cuando un texto logra asombrar saca una sonrisa pendeja, lo deja a uno con los cachetes pa´ arriba, lo obliga a volver a leer. Por eso sigo en esto. Siempre aparece un texto que se queda en la cabeza el resto del día. Siempre algún astuto es capaz de poner a las letras en el orden perfecto. Eso procure reunir en esta moñona. Déjese asombrar por las lenguas, los romances de colegio, los asaltos, los gatos, los pulpos y cuanta vaina logre abajo sacarle una sonrisa.

Ese asombro dura poco, claro, como todo lo bueno. Apenas se tolera volver a lo malo, pero aun así, a veces, alcanza para justificar el delito.

Gabriel Borja | **Editor Junior**

Índice

Nota Editorial | **Gabriel Borja**.....2

Piano | **Santiago Aguilar**.....6

Histología | **Eddy Araque**.....7

Cosa Trillada y de Breve Duración | **Alejandro Bastidas**.....11

Días de Planeación | **Alberto Vélez**.....16

No Te Voy a Bañar Martín | **Andrea Álvarez**.....21

Panfleto | **Samuel Fonseca**.....25

Temores | **Santiago Aguilar**.....30

Lo Muerto y Lo Bello | **Samuel Muñoz**.....31

Tedio | **Juan P. Vergara-Marín**.....35

Abducción | **Santiago Aguilar**.....40

Tengue que Tengue | **Teresa Iturralde**.....41

Clasificados | **Editorial**.....47

Piano

Si un hielo cae desde el noveno piso
antes de que se derrita
me revienta la cabeza.

Santiago Aguilar

Histología

Eddy Araque

■■■

La lengua es lo que une las palabras y las cosas ¿Ha comido usted alguna vez lengua sazonada de algún animal? En caso de vegetarianismo desde el vientre, le aseguro que la capa de sarro y las papilas se sienten iguales —guardando las proporciones— en la mayoría de las especies mamíferas. La lengua hace parte de las facilidades para aferrarse al deseo, primero de leche y después de babas; el resto de la mecánica de los fluidos es tarea del símbolo y la imaginación.

La lengua de las vacas es así de grande porque no está exenta del cuatro por mil, tiene piel robusta por la regurgitada de ácidos estomacales y el constante cajeteo contra las muelas. Sus papilas son lenticulares y sobrepensantes, una vaca podría comer de la mata de las lentejas, pero nunca la he visto —ni imaginado— comiéndose unas. También tiene papilas circunvaladas, hoyos en el centro de la boca, no sabría especular si saborean o acumulan mucho, pero se toman su tiempo construyendo dentro suyo ecosistema. Al pitarla, procure no invertir mucho tomate en el primer guiso, pues le aconsejo —y le aseguro— que aunque en ninguno sepa bien, el primero es la prueba evidente de su desdicha. Luego de la cocción, al órgano del tamaño de la pierna de un bebé lo recubre una capa entre verde y café, tendrá que romperla y desprender la pieza de su placenta. Saldrá de ella una glándula enorme y gris con muchos poros pronunciados, guarde la calma, para ver sangre solo es cuestión de porcionarla.

La lengua de los humanos tiene diecisiete músculos, ocho con su respectivo par y uno impar. Es mucho más fácil encontrar la explicación anatómica con guantes de látex y lengua amputada si busca “lengua de vaca” o “lengua de cerdo”, con la humana hay o morrongueria o imaginación botánica. En su primera falta de cortesía, lo que le mostró a esa niña fue el músculo transverso y, dependiendo de su gimnasia, pudo llegar hasta el hiogloso, sostenido por el palatogloso, pero a fin de cuentas, los diecisiete participaron, incluso desde la garganta.

La lengua es el azote del culo, el final y el comienzo del mundo. Si se calla y guarda la lengua dentro de su casita puede usted presenciar la danza del uróboro y aprender a limpiarse bien la mierda. Comprarse un bidet de pronto es equivalente a comprarse un cepillo eléctrico, o sea, a no saber en qué gastarse la plata ni cómo demostrar cuánto le costó el primer sellito del pasaporte. Cuando el cuerpo de una ostra entra en su boca se ve como una pintura del Ying y el Yang, en ese sorbo usted se engulle las branquias [que hacen también de lengua] y el corazón del animal directamente de los palpos labiales.

¿Qué otro animal se come completo de un solo beso?

La lengua reptil más documentada y hecha metáfora es la bífida de la serpiente, con brazos duplicados puede oler también con ella, dependiendo de a qué le sepa, hace camino. Es la punta de un triángulo, el tercero necesario, una montaña, el ojo de Dios que vuelve la tierra cuerpo. Una jirafa

podría lamer heridas y desinfectarlas, se vuelve mierda la lengua y se le cura sola, babeando nada más. ¿Lo mismo pasa con echar babas en las cortadas, chuparse la sangre y calmar el ardor poniendo la lengua cerca? Es como las manos, lo más cercano a una caricia. Todas las lenguas son antisépticas y casi todas las madres lamen a sus hijos después de que nacen, excepto las humanas que nacen por la vagina, antes de llorar lo primero que lamen es a su madre, su herida, su sangre, para después hacer lo mismo con la teta. La torre de Babel volvió a hacerse y se derrumbó cuando aparecieron las lenguas de fuego, los discípulos se volvieron palomas y le hablaron a todos con la primera voz de sus madres. Así como se derramó el espíritu sobre la carne, la lengua es una costura entre el hambre y las ganas de comer.

La lengua es larga y no la amansa sino la vergüenza o el castigo, es apátrida y emocionada no conoce de límites. La pobre le ha tenido que aguantar cagadas y quemadas por su mecanismo libidinoso del hambre que no es hipócrita y pa' todo avisa, saliva cuando es mucho, saliva cuando es poco. El interruptor entre la mecánica y el placer es el mute que hace mi mamá, *remakiado* a la perfección cuando me lo hizo vegetariano.

Cosa Trillada y de Breve Duración

Alejandro Bastidas

■■■

Empiezas lento, suave, fresco, emocionado, caminas entre los charcos del patio principal con tus amigotes, los vagos no se callan ni un segundo. Vas tranqui para el baño principal, el más grande del bloque A. Le digo a Sara que, por ratos, eres callado y hasta raro. Llegaste al cole llevando ropa de cambio en la maleta. Suena el timbre a las 3:00 pm. Corremos todos a los baños para "enmorcillar las maletas con símbolos". "Símbolos…". Ya empezaste con esa manera de hablar rarísima que no entiende nadie. En el curso acaban de leer Kant en clase de filosofía y te quieres hacer el interesante, el incomprensible, el pilo. Crees que sabes algo porque puedes repetir el significado de *noúmeno* y citar a Platón en conversaciones que nadie quiere escuchar. Ni en las clases queremos escuchar esas vainas inútiles. Cambiaditos salen todos del baño de hombres, ya sin uniformes, creen. Pero todos se visten igual: pantalones entubadisisimos —metieron hilo y aguja al baño para coserlos en las pantorrillas— chaquetas de algodón con algunas letras encima para adornar el pecho; alguna camiseta básica de color sólido y tenis gordos horribles. La escena completa es hasta graciosa.

Pero lo logras, sales lindo, con tu pantaloncito de vestir negro, la camisa blanca y la *bomber* de Jean, me recuerdas al man de la última Cromos que leí. JUEPUTA eres un peladito chévere y a ratos resulta chistosa esa timidez orgánica que se asoma en los gestos de tus manos cuando hablas. Platón suena sexy cuando lo pones a bailar en tus labios. Esos labios gruesos y

rosados son coquetísimos cuando te ríes. Salimos del cole. Vamos todos juntos en el quinientos treinta y seis. No te saco los ojos de encima, nunca lo notas. Que rabia.

Llegamos al *Playland*, tú de lindo llevabas la tarjeta de tu mamá recargadita. Nos invitas a todos el jueguito de los carritos de carreras, por azares de la vida decido dejarte ganar en la segunda *lap* para hablarte cuando se acabe todo. Pero me pones nerviosa y no sé qué decirte, se te asoma un crespo sobre los ojos y me pongo roja. Tengo la cara caliente y no dejo de sonreír cuando lanzas una que otra sonrisa y un "jajaja ahhh" chiquitito pero intenso. El miércoles le dije a Julieta que eres un jijisero de los bravos. Tu sonrisa es violentísima. Cada que te hago reir me golpea algo en el corazón y siento que me voy a quedar tiesa. Risa va y risa viene y de repente Estefanía me dice que cree que te gusta Valentina. Que no dejas de hablar con ella desde que nos bajamos de las poltronas del juego de carros. ¿Para qué te dejé ganar? Estefa dice que, hasta jugando en la mesita de joqui que sopla hacia el cielo, no podías sacarle la mirada de los labios a Valentina. Si supieras que a ella le gusta Omar, ese man tan asqueroso de once tres. Me da rabia y hago mala cara el resto de la tarde hasta que me dices que te vas en Transmilenio. Me propones que nos vayamos juntos y yo, emputada contigo, con el mundo, con la Valentina Gómez y sus tetas enormes, te dejo partir aguas con tu sombrilla mientras te alejas de Centro Mayor.

De repente me siento triste y arruino el fin de semana. El lunes siguiente te veo en la formación, y estás serio entre los últimos de la fila. El profe de física anda jodiendo que porque tomemos distancia "va a empezar la misa, a ver, a ver". El día empieza atormentándome porque Cristobal no vino, y eso implica que tú estás apenas a dos bobos de mi. No le digo nada a nadie y me trago la saliva mientras cantan el temita ese del Dios en el agua y en el viento, y en el mar, y en la putísima mierda de día que empecé a dibujar crespos sobre los ojos que oculto en el cuaderno 'El Cid' cincuenta hojas que tengo para la clase de arte. Te imagino con el cabello largo y te maldigo diez mil veces. El curita manda a dar el saludo de la paz y salgo corriendo a buscarte. Se me atraviesan la mitad de las chicas del curso a darme la mano y yo lucho por salir del paso rápido para buscarte. Nada, Julieta se me acerca y me asfixio con la pelotera de adolescentes fastidiosos que no son tú, y me quieren dar la mano. "Formados muchachos, formados, colaboren" empieza a rebuznar el de física con su voz grave, la que imitas perfecto en los descansos para hacernos reventar las mejillas. Ya me resigno y voy regresando a mi puesto en la formación. De repente siento una mano sobre el hombro y el corazón se me estalla. Giro un poco la cabeza para la izquierda y el malparido de Omar Chávez me está dando el saludo de la paz. Por mi cabeza solo pasa cogerlo a puñaladas con el transportador que pidió el de geometría. Respiro y le doy un abrazo. Me doy la vuelta. Omar me dice que me cambie de puesto en la fila para que charlemos un rato. Accedo.

Atrás es otro ambiente, todos charlan entre susurros, no fruncen el ceño ni bostezan taaaanto. Parodias las canciones y la voz de Josué el de noveno y me suelto un "jijiji" que me cuesta un regaño de la de matemáticas de primaria. Es cierto que Josué canta horrible. Mi mamá no paraba de reírse el último día de la familia, por allá en Mayo. Habían puesto al chino a cantar con su guitarrita llena de estiquers. Me dió vergüenza con el niño, no hay que robarle la confianza. Te escucho hablar con Estefanía y cada palabra inaugura un camino de espinas por el que tengo que pasar descalza. Le dices algo así como: Tefa, no sabía que te gustaba Marco Aurelio, a mí también me gusta eso que menciona cuando habla de lo perverso "todo es cosa trillada y de breve duración" ¿Por qué no comemos empanadas con Hit al descanso y lo charlamos mejor?

"Todo es cosa trillada y de breve duración". Me aferro a ese fragmento del que duré todo el fin de semana hablándole a Estefanía para que viniera a robarme las palabras contigo. "Todo es cosa trillada y de breve duración". La idea de fondo es incómoda y decido ponerme los audífonos y esconderlos con el cabello. Justo suena *Todo Tiene su Final* en la voz de Héctor Lavoe y pienso en eso que decía el profe de filosofía el otro día cuando tú le preguntabas sobre la frase de no sé quién (por qué no alcancé a anotarlo en mi cuaderno): "Todo los sólidos se desvanecen en el aire, y todo lo sagrado es profanado". Eso que parece doloroso seguro se desvanecerá en el recuerdo. Y seguro Estefanía y tu se aburrirán en el descanso porque ella nunca coge un libro fuera de las clases.

Días de Planeación

Alberto Vélez

■■■

Asaltar una joyería es excepcionalmente sencillo, decía Rodríguez. Uno va y la asalta y ya. Uno va y la roba y ya. A Rodríguez le gustaba mover los brazos mientras hablaba. Daba la impresión de estar ahogándose en un mar invisible. Uno va y asalta la joyería y ya, decía Rodríguez. Rodríguez era mi vecino en la pensión. Su habitación siempre olía a tabaco y a sudor. Siempre había ropa tirada en el suelo y siempre había platos sucios sobre su mesa de noche. Rodríguez me decía que asaltar una joyería era excepcionalmente fácil y que desde pequeño planeaba el asalto a la joyería Ricaurte, porque su sueño desde pequeño era entrar armado a la joyería Ricaurte y robarla toda, entrar a la joyería Ricaurte armado y salir con bolsas llenas de joyas de la joyería Ricaurte. Rodríguez fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Encendía uno con la colilla del otro. Yo, en toda mi vida, jamás había visto a alguien que fumara tanto. Tampoco a alguien que tomara tanto, porque Rodríguez tomaba brandy al desayuno, acompañaba el almuerzo con brandy y terminaba el día con dos vasos de brandy. En su cuarto había una repisa llena de botellas vacías y todas las botellas vacías eran de brandy, aunque no había ni una sola botella vacía especialmente admirable. En realidad, era la peor colección de botellas vacías que uno pudiera imaginarse. Uno entra a la joyería armado, la roba y sale, decía Rodríguez. Yo no soportaba a Rodríguez. Me fastidiaba. Sin embargo, lo veía todos los días

desde hace siete años. Fumábamos y tomábamos en el patio de la pensión mientras Rodríguez decía que robar una joyería, realmente, era la cosa más fácil del mundo: basta tener el ceño fruncido. Realmente, tener el ceño fruncido es la cosa más importante que un hombre puede hacer, decía Rodríguez. Cuando uno se ríe, comete un desliz. Uno se ríe y demuestra debilidad, sumisión, fracaso. Uno se ríe y el jefe te despide. Uno se ríe y tu esposa te pone los cuernos, decía Rodríguez. Realmente, yo jamás había visto a Rodríguez sonreír. Basta ir con el ceño fruncido y tener buena postura corporal, decía Rodríguez. Uno va empinado, sacando pecho, caminando recto y roba la joyería, decía Rodríguez. Era una cuestión de actitud. Un día Rodríguez me mostró el revólver que había comprado y me dijo que robar la joyería Ricaurte era, en efecto, increíblemente fácil. Si alguien pone resistencia, decía Rodríguez, uno le estalla la cabeza de un balazo. Robar es la cosa más fácil del mundo, decía Rodríguez. Rodríguez tenía una exesposa llamada Carmela que se había ido con un alemán llamado Karl. Rodríguez decía que, después de asaltar la joyería Ricaurte, compraría el amor de Carmela para que volviera con él. Realmente, el amor hay que comprarlo, decía Rodríguez. El segundo tema favorito de Rodríguez era Carmela. Había días en los que no paraba de hablar de Carmela, que lo había dejado hace ya diez años. Es decir, Carmela vivía con el alemán desde antes que yo conociese a Rodríguez. Y Carmela no quiere a ese nazi, decía Rodríguez. Carmela siempre me ha querido a mí y siempre me querrá a mí, decía Rodríguez. Carmela tiene la vagina más

hermosa que te puedas imaginar, decía Rodríguez. Yo mismo mataré al nazi, decía Rodríguez. Pero, primero, robaré la joyería Ricaurte, decía Rodríguez. Robaré la joyería Ricaurte porque es mi sueño desde chiquito, decía Rodríguez. Si todo el mundo tiene un propósito en la vida, el mío es asaltar la joyería Ricaurte, decía Rodríguez. Por suerte asaltar la joyería Ricaurte es para cagarse de la risa, me decía. No hay vigilantes cerca y la estación de policía más cercana queda a veinte cuadras, decía Rodríguez. Nadie podría hacer nada, decía Rodríguez. Por mi parte, siempre tuve la impresión de que se acercaba el día en que Rodríguez iba a asaltar la joyería. Uno podría decir que, en efecto, cada día Rodríguez estaba más cerca de asaltar la joyería Ricaurte. Había avance. De ninguna manera el asunto era estático. Pero la joyería Ricaurte fue asaltada por otros. Ayer asaltaron a la joyería Ricaurte, le dije a Rodríguez. Pero claro que la asaltaron, si es que asaltar esa joyería es excepcionalmente sencillo, dijo Rodríguez. Esa noche nos dedicamos a beber brandy mientras veíamos las noticias que cubrían el evento. Es que asaltar la joyería Ricaurte era la cosa más fácil del mundo, decía Rodríguez. Unos días después, pasé al lado de la joyería y vi que quitaban el gran letrero viejo “RICAURTE” y que, dentro, ya no había nada excepto cajas. Mira que esta mañana pasaba por la joyería Ricaurte y vi que la quitaban, le dije a Rodríguez. La verdad es que las joyerías siempre cierran, dijo Rodríguez. Al día siguiente toqué la puerta de su habitación y, por primera vez en siete años, no abrió. Se mató, supuse. Di media vuelta y salí de la pensión. Este tipo de cosas siempre

destruyen a la gente, pensé. La gente nunca se recupera de este tipo de cosas, pensé. Entonces me senté a fumar en el patio mientras contemplaba las aves, que, por otro lado, jamás me han gustado. No hay nada más asqueroso que las aves, pensé. Uno finge que ama a las aves, pero, realmente, las odia, pensé. Estuve así aproximadamente dos horas, odiando a las aves, hasta que por la puerta trasera de la casa salió Rodríguez en camisilla y se sentó a mi lado. La verdad es que no hay nada más asqueroso que las aves, dijo Rodríguez. Yo no dije nada.

No Te Voy a Bañar Martín

Andrea Alvaréz

■■■

Me he acostumbrado con los años a cagar con la puerta abierta. Primero por los niños pequeños, entrometidos con miedo al abandono o tal vez a que me perdiera en el inodoro, quienes a pesar de sus 18 años siguen interrumpiendo mis entradas matutinas; pero también porque constantemente me vigila y supervisa mi gato.

Martín, un hermoso gato gris de un poco más de 10 años, me sigue al baño, se sube al lavamanos y me mira, hace un pequeño gesto para que le abra la llave del lavamanos, toma unos pequeños sorbos de agua, se moja la cabeza y me mira. Luego, inmóvil se sienta a esperar que termine con éxito mi tarea, tal vez les parezca un poco extraña la rutina de mi gato en su cargo de supervisor de cagadas. Todo sería normal hasta aquí, si no fuera por el hecho apocalíptico de cerrar la puerta del baño. Inmediatamente Martin maúlla con la desesperación de quien presiente el fin, la muerte. Salta, rasguña, llora y tal es su angustia que interrumpe mis apremiantes necesidades fisiológicas y debo levantarme para salir con el. No, no te voy a bañar Martín, le digo con voz empalagosa. Todo va a estar bien.

El gato en angustia incesante y preso del pánico omite mis palabras calmas. Intenta, esclavo de la desesperación, abrir la puerta. Esa sensación de colapso en el pecho, es momentánea, aunque intermitentemente eterna; sentir la muerte respirandote en la cara asusta pero no te mata. No, no mueres. Te entiendo, aún revivo cada noche insomne con esa

misma sensación y no, no morí, parece. Es como si un muerto se levantara de su cama y volviera a caer cada noche, cada intento. Se puede caminar así, comer así, cagar así, reír así con el pecho vacío, que no se preocupe, que no se desespere que todo va a estar bien. No, no te voy a bañar Martín.

Que los movimientos inquietos o caminar sin rumbo está bien, porque el dolor cae como agua congelada hiriendo cada parte de los que tenemos el alma delgadita, te consume, te arrodilla, lo sientes corriendo por debajo de la piel, peor, no se queda ahí, profundiza se arraiga en ese terreno desconocido entre el corazón y la boca del estómago, si ahí, y te parte desde adentro, por eso repararte es tan complicado, porque no te conoces por dentro y no sabes qué va en qué lugar, que no se preocupe que yo lo entiendo que todo va a estar bien.

Que grite, que llore, que maulle, si que llore, las lágrimas se cansarán o se evaporarán no lo sé, aún no me ha pasado. Que ore en gatonés o cualquiera que sea el idioma de los gatos, mi oración favorita es ¡puedes ayudarme! ¿Hay alguna forma de salir de aquí? Sin respuesta. Que se desgaje en suspiros de amores perdidos, que vamos a encontrar en un descuido como escapar de esta jaula. Que no se preocupe que yo lo entiendo, que todo va a estar bien.

Que la nostalgia es lisonjera y aparece en imágenes de una carretera medida en kilómetros de risas y conversaciones, o de una silla mecedora bajo la sombra del manguito en la casa de los siete infantes. Que no se preocupe que yo lo entiendo

que todo va a estar bien. Que la tristeza es como una cartera que combina con lo que te pongas, y así te pongas contento la llevas ahí ceñida al hombro, inadvertida constante, pesada con cada recuerdo. Que a veces lo mejor es bañarte, enjabonarte por partes, tratando de ahogar el sufrimiento, a ver si a punta de estropajo se quita la angustia, el olor a desesperación, que hay que restregarse bien el culo para sacar fortaleza y soportar sin quejarse lo amargo de esta pena. No, no te voy a bañar Martín, no te preocupes. Todo va a estar bien, te entiendo.

Me entendió, saltó a mis piernas adormecidas por el tiempo, mirándome puso su frente en mi boca en un instante beso de consolación, se quedó. Por eso a veces en el baño, con la puerta como excusa, nos encerramos con el gato a llorar.

Panfleto

Samuel Fonseca

■■■

Moñona porque los tumba a todos; no importa donde se escondan. Pequeña cosa un panfleto que daba soluciones al mundo. Diagramado como el libro rojo: medieval y copérnico.

Tenía una inscripción en uno de sus lomos que leía: hay que dejarse ser invadidos por la sospecha, casi la única que destella en los estados de derribo o perdedura; también la que quita todo cuando se está seguro de muchas cosas.

Teóricos de ese mundo querían decir que se parecía mucho a una quebradura entre el afán y la decisión, un hilo que reclama cuando le tocó los bordes y degenera en colisión contra lo incomprobable. Si alguien de ese mundo le hablara alguien de éste le preguntaría si no le parecía sospechoso que existieran cosas incomprobables, si nosotros también nos quedamos pensando como se parecía la nariz al aire, el filo a la herida, el tiempo al último intento, si tienen sentido los hechos en donde me desenvuelvo y sirvo parcialmente a veces cada rato.

El panfleto proseguía contando un sueño que en alguna parte habían tenido, explicaba que era una sospecha radical, tenía dibujos, hablaba de una especie de viaje. Decía:

Sigo buscando las cosas que quiero empacar, pero no halló nada. Afuera hace un sol terrible y abro apurado cajones, bajo las cosas de la repisa, me agacho a ver estelas de luz y tentáculos debajo de la cama. Siento como se me tallan los bolsillos y empiezo a sacar desproporcionadas herramientas

de ellos, las pongo encima de la cama. Llave inglesa, una navaja, taladro, tornillos, martillo, destornillador estrella, destornillador en cruz, sierra afilada, sierra con dientes. Siento que todas estas cosas tenían la función de arreglar algo, pero me pica la lengua y el sol hace difícil ver más allá de la ventana; a veces el sol hace que las cosas brillen de vuelta.

El soñador tiene una posición prominente. Y eso que él no vió a nadie esa noche, una lista de objetos, una habitación con alfombra. El dibujo del sueño era un arco sostenido por la sierra con dientes, abrazada por un pulpo; un tornillo gigante en el medio de unas escaleras custodiadas por un hipogrifo; un pie derecho tocando el piso junto a un caracol gigante; pequeñas personas levantando con cuerdas el tornillo gigante; una jirafa comiendo pasto en el piso, torciendo su cuello alto, abrazada por un pulpo en una de sus patas delanteras; direcciones de doblado, una cajonera.

Para quien no lo crea:

El panfleto de la sospecha continuaba hablando del clima: De vez en cuando viene la lluvia, los pájaros prefieren cada vez más quedarse entre sus ramas antes que volar. Las hormigas están haciendo un palacio de hojas casi interminable para no sé quién quiere que viva allí, pero terminarlo parecía parte de alguna promesa; en este punto como cualquier otra cosa. [...] Si hubiera un orden natural sería el de seguir el mismo criterio que usan los hechos para escoger cuáles suceden y cuáles no, hasta los detalles, la posición de las rocas, ese incendio de alguna semana pasada, la inundación que hace perder de vista la orilla. Hay que dejarse invadir por la sospecha, quisiéramos que no significara vivir invadido de dudas, sino de posibilidades.

Luego se refería a su dibujo: El tornillo era pesado. Casi veinte personas vinieron a levantarlo. Nadie tenía casco sino sombrero. Si lograban ponerlo de punta no se sabe a qué lado esperaban que se cayera, hiciera un estruendo, dañara las poleas, asustara a los animales, le cayera en el pie, en el dedo pequeño. Que el estruendo no me hiciera despertar y ella apareciera cuando todo el desastre este hecho. Hace sentir que ya se hizo tarde para hacer algo del mundo, que herramientas de creación eran parecidas a las de remedio, y eso lo habíamos entendido desde el comienzo.

Ya llegará el día en el que toque replantearse el oficio, la cooperación de los besos y las manos, de sus largos movimientos en la espalda, de que no se puede vivir en una habitación, de que tocaba tomarse la ciudad, hacer jardines

en la posibilidad, tomar sidra por el bosque, sospechar que hay un mapa del lenguaje y casi todas las cosas, así sea para entender su intensidad. Panfleto de las cosas posibles, porque no se sabe si es más difícil saber si todo lo que hay es una cosa y las diferenciamos en sus detalles; o son infinitas cosas sin nada en común y por únicas las unimos.

Temores

Que un colibrí muera en el aire,
y su corazón,
veloz,
siga palpitando
bajo tierra.

Santiago Aguilar

Lo Muerto y lo Bello

Samuel Muñoz

■■■

Todos saben qué es la belleza; el rostro de un amado, la proporción clásica, lo que es justo y virtuoso, la rana en un estanque de ese día de infancia conjurado por el dulce recuerdo. ¿Qué no es? La Mentira se puede aventurar, "*Truth is beauty, beauty is truth"*, ya está dicho en la máxima de Keats, de lógica bellamente circular.

Puede que la belleza sea entonces orden, pero es un error creer que este orden excluye lo perverso, no siempre es simétrica la belleza, puede ser extravagante y deletérea. La verdad por el otro lado puede ser pedestre y fea, sobre todo en esta época castrada, donde al mundo lo nombra la ciencia y no la poesía, resultando todo en una aplastante homogeneidad. Escoger la belleza implica a veces escoger la estética sobre la moral, lo bello sobre lo cierto. Cuando Keats escribe "*Truth is beauty*" no lo hace en una oda a la realidad, sino en un canto a una urna griega. A un vaso desenterrado, a un simulacro de realidad congelado en mármol que muestra bacantes en trance, efebos lascivos y la sangre del sacrificio. Al poeta no le consta que la danza dionisíaca de hace dos milenios, desenvuelta bajo la húmeda noche del Ática, se hubiera visto como el bajo relieve que inventa y nos describe, pero al arte le tiene sin cuidado lo factual. Es la pasión transmitida, la suave forma de una pierna cimbreante entre la vid o la pálida piedra que imita una trémula piel, lo que nos lleva a exclamar con satisfecha agonía que algo es bello y que

hemos rozado un aura de inmortalidad con tan solo contemplarlo.

En la belleza se sufre como en el amor, se siente un dolor punzante, una pena teñida de nostalgia por algo desconocido que intuimos se ha perdido. A esto se le ha nombrado sublimidad, la unión entre lo fascinante y horroroso, lo trágico. Este juego de categorías y de contrarios tiene su propio encanto, pero como toda filosofía es una marisma en la que el amanecer se confunde con fuegos fatuos y la profundidad con hundirse en el fango. Quiero hablar aquí no de conceptos universales sino del sentimiento de belleza, que no podemos encadenar con palabras pero que cuando se presenta nos deshace a cuchilladas.

El contorno de algo bello es melancólico, tiene dentro de sí la esperanza de la muerte, si no fuera efímero no sería bello. Cuando nos arrastramos sin fe por entre la urbe, estudiando nuestro rostro fragmentando en los espejos que construyen los escaparates, vemos de pronto pasar una figura radiante e indolente, usualmente, está aparición es un joven o una joven, dependiendo del vicio predilecto del lector. Al igual que la urna inmortalizada por Keats, el mancebo o la doncella contemplada nos es completamente inaccesible, no contiene más que cenizas e imágenes vacías. No sirve más que para, como se dice coloquialmente, entretener el ojo, y sin embargo puede resultar irresistible, puede ocupar los pensamientos de un día y colarse venenosamente entre un sueño. Carcasa podrida o en una puta francesa, también la hay en sutilezas

más aterrizadas; en una sonrisa cruel, en unos dedos de marfil que imaginamos cerrándose sobre nuestro cuello, en un rizo revuelto que recuerda a Boticelli o a un escupitajo.

Hagan el ejercicio, hínchense de muerte observando el carnaval de máscaras anónimas de cualquier gran vía, déjense llevar por el único misterio que ofrece la modernidad, el del voyeurismo, y encontraran inesperados impulsos tanto sádicos como compasivos. Querrán dejarse poseer por alguien que sí conocieran no bajarían de repugnante, o destrozar a un pobre diablo y saltar una y otra vez sobre su cabeza porque el color de su gabardina es demasiado chillón. Hay un universo de sentimientos que afloran si nos salimos de lo real, si jugamos con la mentira, si priorizamos lo estético sobre lo práctico y lo ornamental sobre lo sobrio. En este torbellino surge la belleza, que nos puede arrastrar hacia la fama o la locura, pero las más de las veces nos estrella contra la soledad.

"La belleza es una cosa terrible y espantosa."

Mishima, *Confesiones de una máscara.*

Tedio

Juan Pablo Vergara-Marín

■■■

¿Han dicho algo del tinto? Hace veinte minutos que pasaron preguntando, pero todavía nada. Ya me da pena preguntar, como que la insistencia ahora debe quedarse afuera de la sala. ¿Se imagina que lo traigan cuando ya toque irse? ¿Queda mal quedarse un rato e intentar bajarse el tinto? Vi a Estiven llegar con un tufillo, y bueno, nadie le puede decir nada. Espero que no me digan algo cuando insista en tomarme tranquilo el café. Igual hay niños que corretean por ahí y que llegan sudados a rezar, uno que otro jalón de oreja, pero nada más. Si mi madre -alma bendita- estuviera acá me criticaría por querer tomarme el café: "no mijo, ahora no es el momento" "no mijo, no suerba que eso es de mala educación" "no mijo, párese recto". ¿Qué es lo que se supone que uno debe hacer? ¿Llorar? No, no. Ya me da un poco de jartera ver tanta lloradera. Como que se componen, se suenan, se ríen un rato y hablan de otra cosa. ¿Y si mejor hablan de lo demorado que está el tinto? Pero no, vuelve la lloradera. Si hoy es difícil, mañana lo será aún más cuando la casa quede oliendo a pollo asado y que ya no esté el hombre cuyo andar descalzo retumbaba por la sala. No, no. ¿Cuánta gente viene a diario, llora un rato, se van y llegan otras personas a llenar el puesto? Creo que la demora va más por cuenta de las señoras del café, que se quedan hablando y echando chisme, 'que si vio a la familia de las once, si, si los que andaban todos con sombrero' 'ay no, además que trajeron comida y todo eran risas' 'vi a uno con pistola' '¿uno? Todos iban agarrándose el cinturón'. Y así, y el tinto frío. Si uno pudiera meterse a la cocina -o bueno,

al lugar que tengan para preparar el café- y hacerse con un tinto no tendría queja alguna. Bueno, el olor a incienso como que le da a uno hambre. Si hicieran esto en un restaurante no habría tanta lloradera, uno va a lo que va, y además la gente no tendría que afanarse tanto por la pinta. Si fuera uno de esos restaurantes que tienen un lugar para que los niños se diviertan en alguna piscina de pelotas no habría que estarlos persiguiendo, darles una palmada, y obligarlos a que se persignen '¡que es con la derecha carajo!'. Los niños se divierten, pueden hablar entre ellos, se sientan a comer y regresan para dejar que los adultos pidan sus cafés y hablen de lo que hablan acá. Se reparten la cuenta y de pronto algunos alcancen a clasificar para un postre. Si uno se siente culpable por querer un café acá, no me imagino la pesadez de querer algo dulce. Igual los niños se divierten, hacen muecas y todavía no entienden de solemnidades. No hay tiempo para solemnidades. Agarran las flores de la corona, se acercan, preguntan que por qué tanta lloradera… debería pedirle a alguno que pregunte por el café. A ellos no les pueden decir nada, pero nadie les cree que quieran café. Mi primera memoria la tengo demasiado presente: estábamos velando a una tía en la casa de mi abuela, porque antes eso era lo común. Correteábamos con mis primos persiguiendo al pavo, le cogíamos la cola y jugábamos a la lleva. Cuando llegó la hora de comer, mi abuelo agarró al pavo sin preocupación ni hesitación, lo agarró del pescuezo y lo obligó a tomarse media botella de aguardiente. Ya era más fácil alcanzar al pavo hasta que cayó rendido, borracho, inconsciente. Fue ahí que mi

abuelo lo volvió a agarrar del pescuezo esta vez para quebrarlo, desplumarlo, y meterlo a la olla. Ese día comimos con mi tía quieta en el garaje. Olía a café y a aguardiente. Hay que retomar las costumbres, dejar que corran los niños y que los muertos descansen en la casa y no en una tarima inerte. Hay que retomar las costumbres cuando uno no se desesperaba por la ausencia del café. Cuando la tarde languidece renacen las sombras. ¿Será que por los cafetales hace falta el tinto? ¿Será que los niños se divierten tomando café? Qué desespero, nada que se mueve el día. Todo tan quieto, pero en la calle pasan los carros, y el murmullo de la hora del almuerzo, y los dueños de los puestos hablan con los chóferes de las carrozas. Estiven necesita un tinto, pero ya no es un niño, él sí que puede preguntar por su ausencia. Cuando llegaba del trabajo él me acompañaba en la cocina y yo le daba sorbitos para que se acostumbrara a la amargura del café. Nunca pensé en echarle azúcar o leche, me gustaba oscuro, esa es la forma para tomarse un tinto. Le daba la taza con el cuncho para que se lo regara a las matas y le prometía hacerlo al día siguiente para que siguieran creciendo. Él no se ha acercado, tiene la mirada agachada. Párese recto Estiven. Tiene los ojos hinchados, pero nada que quiere llorar frente a todos. Pero no le da pena aparecerse con la jeta oliéndole a anís, sinvergüenza. Párese recto Estiven, camine y nos tomamos un café, camine y reza que su mamá no puede más. La bendición es con la derecha. Después almorzamos que debe tener hambre, vamos a uno de esos lugares con piscina de pelotas para que se distraiga un rato y si se porta bien

vamos a comer oblea. Cuando lleguemos a la casa le sirvo una taza para que pruebe un tinto, él tinto, y sea usted que riegue a la mata. Estoy que me tomo hasta el cuncho. Qué demora, qué silencio. Pararme a preguntar por el tinto, o incluso pararme solamente, sería enfrentarme a la niebla densa de tristeza. Y fuera de eso, las luces están frías. La llama que se debería estar meciendo es un bombillo débil que titila en la nublada tarde. No parece mediodía. No parece…Acá uno se puede quedar esperando al tinto la vida entera, no aguanta salir a comprarse uno porque de pronto vienen y se lo llevan, de pronto la gente pregunta por uno y qué pena decir que nada 'estaba tomándome un café'. Pero vienen algunas personas, saludan, dan pésames y se excusan: van al trabajo, atienden algunas llamadas y van vestidos con la holgura de un entierro. Vienen y se van, con sus pintas fúnebres sin deberle nada a nadie. Marcelo huele a colonia, Viviana se maquilló, y a Daniela le pusieron una balaca con una flor de plástico y un overol de princesa. Ya deben estar almorzando, hasta riendo. Y uno acá: ¿ser o no ser? ¿pararme o no hacerlo? ¿cuándo se me quitara esta pena tan pendeja? Nada, no me puedo demorar mucho. Qué lástima pagar por una promesa gratuita, por un tinto que sepa a greca. Pero no puedo más, no sé que hacer si no pruebo el café. Nada, me levanto, me despido, doy un último adiós, y salgo. Lo siento mucho, *cualquier cosa que necesiten me avisan*, párese recto Estiven y camine por un tinto.

Abducción

Me tomé un totumado de chicha
que me puso a caminar en cuatro patas por el mundo.
Lo triste es que lo único que quiero es que nos
encontremos en misa
nos demos la paz,
y nos dejemos llevar
hacia el descanso eterno.

Santiago Aguilar

Tengue que Tengue

Teresa Iturralde Rocha

■■■

A Luisa le gustaba pintar sobre el individual mientras esperaban la comida. Era una maña como las de la casa, llegaban momentos en que no nacía de ella, en que lo premeditaba y lo meditaba, sentía que debía hacerlo, como algunas mañas de la casa. Dejaba los dibujos, los mamarrachos, sobre la mesa con la esperanza de que alguien mirara y sonriera, en que alguien en un arranque se lo llevara a su casa y lo colgara en algún lado, que lo guardara en una mesita de noche, y que fuese abrazado como un secreto pequeño, uno frágil y sincero. Ya no tenía la edad para hacerlo sin que a otra persona le pareciera curioso, alguien usando crayolas en plena adultez parecía un intento desesperado por no soltar a la juventud, a esa ridícula idea de 'la niña interior'. No tenía un trazo particularmente bueno, hacía espirales, narices en perfil, ojos, y raíces de tinta con remates circulares cuasi-fractales. No lo hacía en ninguna otra instancia, tenía la tentación de hacerlo en el trabajo y creía que debía hacerlo cuando estaba desocupada en su habitación. No tenía una libreta, tan solo cargaba con un surtido de seis crayolas que recogía por ahí, indebidamente parqueadas por algún dueño despistado. Sentada, frente a su hijo, sacaba del bolso las crayolas y conversaba con Mateo sobre la geopolítica del recreo:

… y andaba regalando papas, pero a mí ni una…

Ajá

…Jacobo se cayó y se raspó toda la rodilla…

¡Qué mal!

…el de sociales compró gaseosa…

¿el del bigote chistoso?

¡sí, ese mismo!

Iban al mismo restorán saliendo de la estación del subte. Aunque era descuidada, Luisa procuraba prestar atención a los elementos clave de los relatos de Mateo. Ella, en medio del trance de sus espirales y de la tinta en la hoja del papel, no quitaba la vista de sus garabatos. Debía alzar la mirada cuando el cuchicheo de la cerámica y del metal se agravaba cada cuánto. Cuando tenía la edad de Mateo, su padre le había prohibido rotundamente la entrada en la cocina:

—¿Qué tal que te salpique aceite hirviendo?—

pues me quemo.

Y su padre le golpeó la cabeza, con ternura, pero con suficiente seriedad como para que Luisa comprendiera la severidad de su instrucción. Prometió nunca golpear a sus futuros hijos, aunque quisieran asumir las consecuencias de cocinar algún filete. Todavía vivía en la misma casa de su infancia, su cuarto seguía siendo su cuarto, la sala seguía con los mismos muebles y el piso que se soplaba cada tres años, el ático guardaba ahora las cosas de sus padres y el lugar donde Mateo pasaba la mayor parte del tiempo. Cuando Jacobo iba a la casa y Luisa estaba trabajando, Mateo lo llevaba tomado de la mano al ático y se inventaba cualquier cantidad de excusas para convencerlo de pasar la noche. A Jacobo no le gustaba la idea, la casa hacía ruidos por la noche y si tenía pesadillas se lo haría saber a sus inquilinos. Pero le gustaba estar en el ático y ojear, abrir cajones, y escuchar el crujir de las tablas, cosa que no pasaba con el suelo de baldosa en su casa. Le parecía rara Luisa, no se comportaba como las otras madres de sus amigos, le gustaba conversar sobre las cosas que hablaba con Mateo, su genuino interés lo tomaba como una impertinencia disfrazada de intenciones secretas. Luisa insistía en

que la casa conocía todos los secretos, que si sus paredes hablaran llorarían, reirían, y jocosas compartirían los momentos desconocidos de la familia. A Mateo le gustaba el ático porque sentía que estaba en la cabeza de la casa. Creía que estando dentro de ella podría estar a salvo, que si para él era difícil escuchar sus propios pensamientos, no se le ocurría la escala de lo que pudiera pensar la casa. Había un tragaluz al costado que daba a la calle y juraba que esos eran los ojos verdaderos del hogar, y entonces lo que las paredes sentían en verdad podría ser como cuando sentía mariposas en el estómago cuando salía al recreo.

De noche llegaba Benicio. Le daba un beso en la mejilla a Luisa y uno en la frente a Mateo. Tengue que tengue se encerraba en su habitación y escuchaba música a todo volumen. Había encontrado el truco para que no pudieran escuchar las paredes y hablaba por teléfono con… bueno, acá no lo digo porque él tiene derecho a sus secretos. A eso de la medianoche cocinaba a escondidas de su madre, su tía se encargaba de realizar las compras para que pudiera hacer sus recetas: anotaba alguna idea y le compartía una lista a su tía para que fuera a la plaza y consiguiera las chalotas, los puerros, el perejil, las patas, aguacates y una que otra libra de frijoles. Benicio no era un chico listo, el olor de sus menjurjes llegaba hasta la habitación de Luisa y no tenía un alegato convincente si sobraba algún ingrediente. El encargado de la cocina era el señor Benitez, el vecino de enfrente: los muchachos desayunaban entre semana en la casa de la familia Benitez, se sentaban en el comedor de la familia Benitez, y se llevaban la comida a la boca con los tenedores y

cucharas de mango rojo de la familia Benitez. Esa casa olía a gas, a guiso, a leche seca y a cáscara de mandarina. Por las tardes Mateo almorzaba con su madre y Benicio iba hasta Monaguillo a recoger los encargos donde su tía. Por las noches Mateo despedía a Jacobo, Luisa se encerraba en el cuarto a rezar y Benicio atravesaba el portal, dejaba las bolsas en un rincón de la entrada, subía los escalones para saludar a su hermano y a su madre, y con sigilo desempacaba los víveres. Conversaba con el señor Benitez sobre su gusto por la cocina, le imploraba que no compartiera su vocación con su madre.

—Le rompería el corazón—

¿Qué su hijo cocine?

—O que pueda quemarme, se sentiría culpable—

Y claramente después de despachar a los muchachos a la escuela, Luisa conversaba un rato con el señor Benitez. A la madre le preocupaba que la cocina lo volviera estúpido: Benicio era un despiste, cocinaba por horas, empacaba todo en cajas de poliestireno y bolsas de plástico, cruzaba la calle antes de medianoche y dejaba en el portón de la casa Benitez el desayuno de más tarde. Su madre se había percatado de su rutina por una conversación que tuvo con Mateo, meses atrás en el mismo restorán al lado de la estación del subte:

…y entonces cruzaba afanado la calle…

¿Ah sí?

…a veces me lo encuentro fregando platos…

¿En la noche?

…no le digas que yo te dije…

¡Cómo se te ocurre!

Si algo fueron las paredes las que me dijeron esta vez.

A Luisa le gustaba perderse en sus laberintos de color, le ayudaban a concentrarse mientras Mateo le confesaba sus andanzas del recreo, sus jugarretas en la calle, sus amigos imaginarios y las esquinas de la casa. A ella le preocupaba que Benicio saliera tonto, despreocupado o peor; mal cocinero. Una noche decidió confrontarlo, cogerlo con las manos en la masa o cortando tomates o despresando un pollo. Bajó las escaleras y vio la luz de la cocina prendida, escuchaba un murmullo que no se alcanzaba a elevar con el olor del cocido que estaba preparando su hijo. Estaba conversando con alguien y Luisa vio a la silueta garabateando en servilletas.

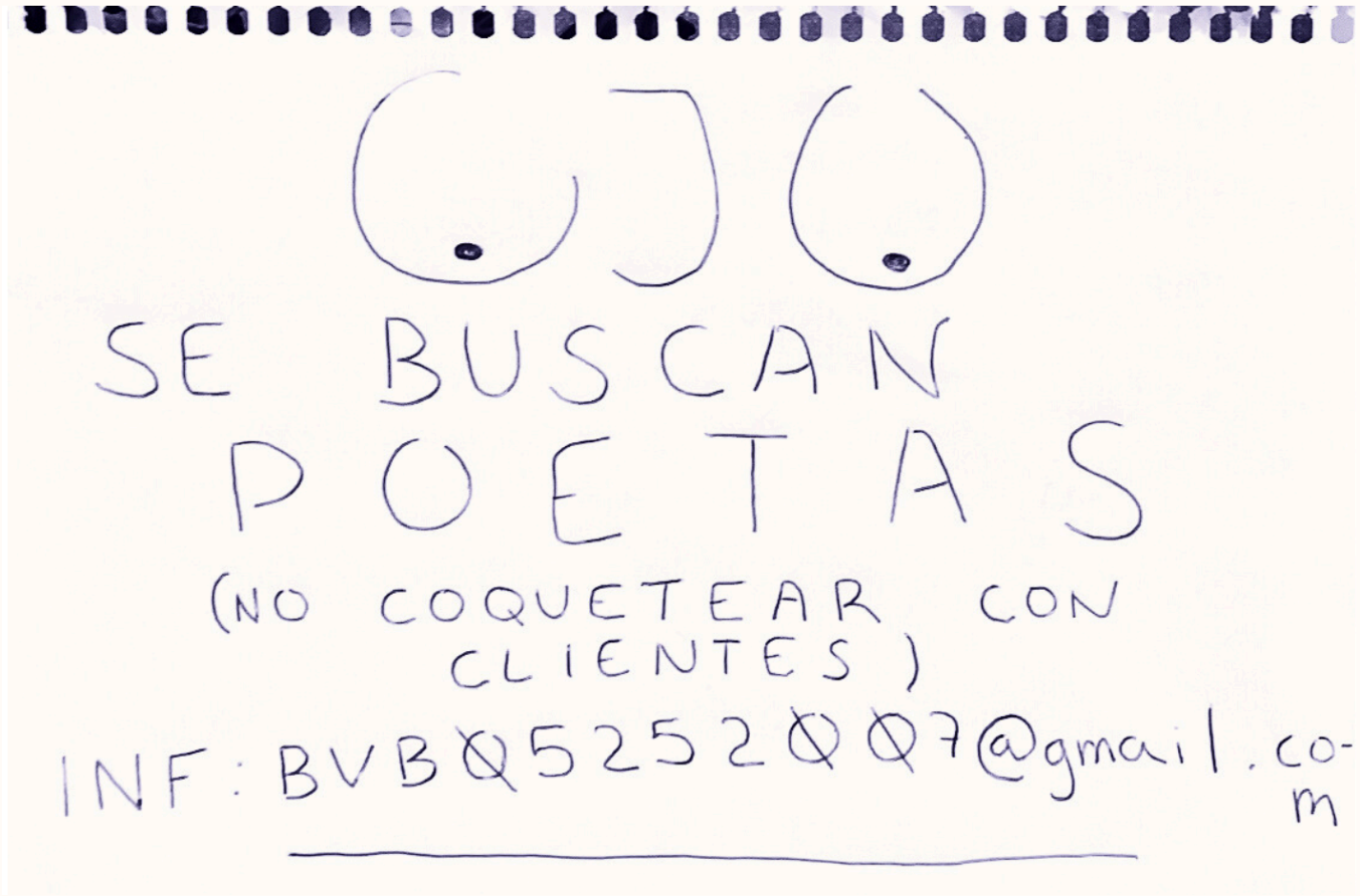
—Creo que mi madre piensa que soy tonto—

¿Porque cocinas?

—Porque guardo secretos mientras escuchan las paredes—

Al día siguiente en casa de los Benitez Luisa se acerca a su hijo y le dice que para la próxima vez deje en remojo los garbanzos la noche anterior, y que si quedaba agua del remojo la usara para regar a las matas. Luisa besó a Benicio y a Mateo en la frente y se quedó un rato en la casa de los Benitez antes de ir a trabajar. En el recreo Mateo jugaba a ser cocinero aprovechando la humedad del arenero y las ramas que había en el suelo, le pidió el favor a Jacobo de que se hiciera en frente, de que no le ayudara con la preparación, y le proporcionó un par de crayones y un puñado de servilletas arrugadas. Después de clase Benicio hizo un par de llamadas por teléfono: le dijo a su tía que no necesitaba mercado, le dijo a su madre que no se quedaría esa noche en casa, y le preguntó al secreto si al fin había comprado los champiñones y los muslos de pollo.

Clasificados


SE BUSCAN
POETAS
(NO COQUETEAR CON
CLIENTES)
INF: BVBQ5252QQ7@gmail.co-
m